

cubrir la mina, y depuse el buen concepto que habia formado de mi indio: beneficióme las piedras D. Cristóbal, sin decir yo de dõnde eran, y de dos arrobas me sacó doce marcos de plata, quedando admirado de la riqueza, y aunque hablé en otras ocasiones al indio en la materia, no pude conseguir que descubriera aquel rico mineral de plata, alegando siempre para su resistencia la muerte suya y de sus parientes, que daba por asentada.

CAPITULO X.

Dáse razon de las sublevaciones, hostilidades y guerras de los indios bárbaros de la provincia.

Por la misma razon que el profeta Jeremías se lamenta en sus tristes trenos de las aflicciones que le acongojan, ocasionadas de la sublevacion de su enemigo, podian los pobres religiosos de esta combatida provincia lamentar las desgracias, aflicciones y trabajos que continuamente padecen en las repetidas sublevaciones que han hecho los indios domésticos y bárbaros que moran en nuestros conventos y pueblos, y los que habitan en las Sierras. Y si hubiera de referir por ejemplo los alzamientos, hostilidades, robos y tiranías que padecen muchos lugares de esta provincia por la barbaridad de los indios enemigos, fuera necesario un gran libro lleno de lástimas y tragedias, que cada dia se experimentan, y ha muchos años que padecen nues-

tros pobres religiosos; pero me contentaré con hacer una leve insinuacion de algunos de sus alzamientos y guerras, así por escritos de religiosos que se han hallado entre sus horrorosos insultos, como por clarísimas noticias que participan cada dia los ministros que están gimiendo debajo del infeliz yugo de sus atrocidades.

El mayor alzamiento ó sublevacion que se ha padecido de los indios bárbaros de esta provincia, fué el que hizo una dilatadísima nacion, nombrada *Tepeguana*, la cual en su morada se estiende desde la Sierra del Mezquital hasta el Parral, en que habitaba toda la Sierra multitud de indios en pueblos muy bien formados hasta adelante de Topia, y muy cerca de Caponeta, y como era la nacion mas numerosa y sus indios mas astutos y menos rústicos que los de otras naciones, dió muchísimo cuidado, y costó mucha suma de la real hacienda el apagar tan desmedido fuego y tan horrorosas hostilidades.

El principio de esta sublevacion fué el año de 1616, y sin duda fué originada del demonio, que, envidioso de ver la evangélica ley tan estendida, abrazada con amor de los tepeguanes, pues fueron de los primeros que convirtieron los religiosos de esta provincia, puso todo su conato en apartarla del seguro rebaño de la Iglesia en que tenia dulce acogida. Estaban los indios tepeguanes bien asistentes á la doctrina cristiana, en quietud, paz y veneracion á sus ministros y observancia de los católicos preceptos, y cuando nuestros religiosos se hallaban mas contentos, y en tan devotos empleos ocupados, y los indios mas pacíficos aprendiendo lo mas útil y necesario para el negocio principal de sus almas, llegó á turbar tan sabrosa tranquilidad la mayor tormenta que se ha experimentado en estas tierras incultas, y el mas inopinado alboroto que pudo escitar la sangrienta rabia del infernal dragon, envidioso de tan provechosos progresos.

El caso fué que salió de los contornos del Nuevo-México un indio, ó por mejor decir un demonio en traje de bárbaro, y caminando para la ciudad de Durango, hacia en todos los pueblos y rancherías de los indios tepeguanes á donde llegaba, una oracion tan bien razonada en su idioma, y tan eficaz para conmovér los ánimos sosegados de los indios, que en acabándola de

oir, al punto se enardecian en cólera contra los españoles, detestando la ley que profesaban y el modo de vivir en que los tenían. Deciales que acabasen y consumiesen á los españoles, usurpadores de sus tierras y tiranos de sus libertades: y como la libertad es de los hombres tan estimada, abrazaban con todo amor el quedar sin ley como habian vivido antes en su gentilismo. Proponíales el indio muchísimas congruencias y razones aparentes para esterminar todos los cristianos de sus países, acordábales la ninguna opresion en que se habian criado sus mayores, el apremio que se les hacia para que acudiesen á la misa y otros ejercicios en que los ponían los ministros: representábales que en radicándose los españoles en sus tierras, se habian de enseñorear de todo y habian de hacer esclavos á sus hijos, y que les habian de hacer trabajar en labrar sus mismos campos, aprovechándose ellos de los frutos, y los indios muriendo en el continuo trabajo: advertíales que aquellas tierras eran suyas y que los despojaban tiranamente de gozarlas: proponíales que los españoles les habian de hacer reventar en labrar minas de plata: y finalmente les dijo que la ley que les enseñaban era falsedad y quimera; que el oír misa era inútil, y que de ningun provecho les servirian los ritos y cristianas ceremonias. Tan fuertemente les proponia estas y otras aparentes razones, que convencidos de ellas comenzaron á dar culto y adoracion al que juzgaban que los venia á redimir, y el maldito les aseguró que era el hijo de Dios, y como á tal le adoraban, y no le sabian otro nombre. Corrió multitud de leguas, sembrando en multitud de pueblos tepeguanes esta zizaña, por cuyo arbitrio comenzó toda la nacion á convocarse para tomar las armas contra los cristianos, con ánimo de no dejar á ninguno con vida.

No pudo ejecutarse tan presto el bárbaro deseo de los indios, por haberlos cogido desapercibidos la violenta venida del demonio en traje de bárbaro, y así mientras se prevenian disimulaban cautelosamente la depravada intencion que les asistía; y se reconoce que fué el demonio en forma de indio, porque habiendo cogido muchos bárbaros en la sublevacion y guerra, todos confesaron contestes las apariciones que hacia y los engaños que fabricaba, y en el modo y las circunstancias

se echó de ver haber sido el infernal dragon el que les hacia el parlamento é incitaba á tan tiranas resoluciones. Por dar mas calor el enemigo astuto á la zizaña que habia sembrado en aquellos bárbaros corazones, se apareció un dia en un concurso grande que se habia juntado, no como indio, sino con aspecto de hombre blanco, y revestido de fingidos resplandores, les comenzó á echartar en su mismo idioma, se resolviesen á sacudir de sí la servidumbre de los españoles, y que no dejasen el menor vestigio de sus ceremonias en sus tierras.

Díjoles que el primero que habia venido á aconsejarlos se libertasen de tanta tiranía, era el hijo de Dios, y que por no haberle obedecido con pronta ejecucion, venia él que era el Espíritu Santo, y que no acostumbraba sufrir los desacatos de desobediencia como el hijo habia tolerado, y que si tardaban en obedecerles, haria que los tragase la tierra y pagarian su contumacia, y para que conociesen que tenia potestad para hacer estos y mayores castigos, les pondria á los ojos un ejemplar que ejecutaria con todos, si no trataban de enmendarse, y dicho esto el infernal enemigo fingió á los ojos de los indios que á su precepto se abria en la tierra una disforme boca, y que se tragó dos personas con horror de los circunstantes, que aterrados de tan poderoso engaño, se postraron en tierra, dándole repetidas adoraciones, y prometiendo obedecerle con toda prontitud, sin faltar un punto de sus mandatos: todo esto se supo de los indios tepeguanes que nuestros españoles aprisionaron, y con tormentos que les dieron, confesaron todos contestes en sitios diferentes sin variacion de la sustancia del caso. ¡Oh mi Dios, y cuán investigables son vuestros soberanos juicios, pues permites que á unos rudos indios recientes en el cristianismo, con tan poderosos engaños los alucine el demonio! Efectos son sin duda estas permisiones divinas de las horribles culpas con que tendrian ofendida á la Magestad Soberana los de esta nacion bárbara y bruta. No se descuide el cristiano en irritar la piedad Divina, precipitándose incauto en el abismo de la culpa, que en pena de su obstinacion y dureza puede permitir Dios caiga en tantas miserias, que lo cautiven sin remedio en las infernales llamas.

No contento el demonio con lo hecho les hizo muchas pro-

mesas, que jamas acostumbra ni puede cumplir: predijoles los felices sucesos que en la guerra habian de tener, y que quedarían señores absolutos de la tierra, aprovechados de los ganados que en ella habian introducido los españoles, y enseñados á cultivar la tierra y al beneficio de la plata, vivirían con grandísimas conveniencias. Aseguróles próspero suceso en la espulsion de la cristiandad, y pintóles una vida alegre, libre, feliz y llena de las comodidades que apetecían: advirtiéndoles que quedaria el país mejorado con las semillas estrangeras que habian de quedar en su poder; y en fin, se valia el cauteloso dragon de cuantas aparentes razones sabia que eran á medida de sus deseos: y para que peleasen sin temor, les dió palabra de que concluida la guerra volveria á resucitar á cuantos en ella muriesen, y que resucitarían en edad de robustos mancebos con perfecta salud y muchas fuerzas, aunque muriesen muy ancianos; y como los incautos indios habian visto la aparente rotura de la tierra, y aquella diabólica ficcion de tragarse dos indios vivos, dieron crédito total á su mentido dios, juzgando que no podia faltar á sus ponderadas promesas, y así le dieron muchas gracias por los beneficios que imaginaban les hacia. Ratificaron el obediencia que de habian prometido, y le suplicaron rendidamente se dignase de favorecerlos en el conflicto de la guerra que esperaban, y que tendrian singular consuelo de verle, y morirían muy gustosos á su vista, pues habian de resucitar con tantas inmunidades como les habia concedido: otorgóles cuanto le pidieron, y les dijo que luego comenzasen á abrazar pueblos y á quitar las vidas á cuantos cristianos pudiesen, dándoles en esto por la suya, porque en ellos es muy natural la propension de derramar humana sangre, como enseñó San Gregorio.

Con estas instigaciones del enemigo comun, y la aversion natural que esta gente tiene á los españoles, se encendió en los bárbaros corazones un deseo de verter cristiana sangre, y una ansia y rabiosa sed del estermínio de la cristiandad en sus países. Comenzó toda la nacio á fabricar flechas y macanas, á disponer arcos, y aun á valerse de las armas de que usa la española gente; y así en todos los pueblos habia oficinas de todos estos instrumentos, siendo cada indio un depósito de la saña, y

escondiendo en sus entrañas la víbora ardiente del rencor contra los cristianos, pudiendo de cada uno de ellos decirse lo que en semejante borrasca de guerras dijo de los escitas Ovidio. Ocupábanse tambien las mugeres en componer y aderezar las armas para sus maridos, fingiéndose ya en sus rústicas ideas un absoluto y libre señorío de toda la tierra con la esperanza que el demonio les habia dado, y asegurándose una descansada vida en confianza de sus promesas. Con estos pensamientos diabólicos de los indios, la tranquilidad en que estaban se convirtió en la mayor y mas sangrienta tormenta que en toda esta tierra se ha experimentado; cuando se prometían los religiosos mayores logros, se hallaron entre los inopinados fracasos y defraudados de sus alegres esperanzas. Comenzaron los ministros á reconocer la novedad, viendo á los indios muy omisos y perezosos en los ejercicios que poco antes con prontitud abrazaban; de muy mala gana acudian ya á la iglesia, faltando á misa sin mas pretesto que el no querer oirla; y en fin, en nada obedecían á los religiosos, porque como tenian puestos sus corazones en la vida imaginaria que esperaban ilusos, tenían fastidio á todas las cristianas operaciones, y tedio á los padres espirituales que con tanto amor les asistian.

No dejó de poner en cuidado esta novedad á los devotos padres, y aunque presumieron algunos estraños motivos, jamas llegaron á discurrir la atrocidad que ocultaban en sus bárbaros corazones; discurrían que el motivo seria ser esta gente naturalmente novelera, y que cada dia tienen y mudan mas pareceres que Proteo formas, segun fingieron los antiguos; y así mas atribuían la novedad que experimentaban á la inconstancia de sus naturales perversos, que á la tiranía oculta de sus dañados corazones. Pero debian advertir y haber reconocido en su genio bárbaro, que los indios son la gente mas traidora y cautelosa que tiene la humana naturaleza; y que no se ha descubierto nacion hasta ahora que mejor represente el papel de que se visiten, pues aunque su interior se abra en volcanes de furor y rabia, finge con tal arte lo contrario hasta conseguir su intento, que el mas diestro los tendrá por rendidos obsequiosos y mansos: pudiéndose aplicar á sus fingidas sumisiones y rendimientos, y á la crueldad de sus genios, lo que Cristo á los

hipòcritas fariseos, que con piel de oveja eran crueles lobos. Lo que mas lastimó à los piadosos cristianos en medio de tanta sangre como se derramó en aquella cruda y perseverante guerra, fué que no solamente à los indios tepeguanes alcanzó la sublevacion, sino que otros de diversas naciones presumiendo gozar los privilegios é inmunidades que ellos se prometian, se alistaron por suyos, y se enumeraban por seguidores de su bárbara y cruel milicia, de los cuales la mayor parte fué de la nacion Cora, que habita en las serranías de Guazamota hasta Durango; y que esto hicieran los bozales y rudos indios no admira, porque el engaño del demonio tuvo tales circunstancias, que no lo superara aun otra gente menos ruda; pero lo peor fué que mulatos, negros y otras gentes de estas tierras se unieron à los indios, presumiendo à rio revuelto tener muchas ganancias entre la confusion y tumulto, y aun daban crédito à sus adoraciones y oráculos, y asenso à tantas mentiras como el demonio habia depositado en sus rústicos entendimientos, con que aun los que se tenian por mas domésticos eran los mayores enemigos, refiriendo à los indios las determinaciones de los españoles, el poco apercebimiento que habia en las casas, lo indefenso de los conventos, y todo cuanto podia conducir à darles ánimo para la consecucion de sus sangrientos designios.

Tan de parte del infeliz suceso se puso aquella fiera gente, que aun los indios pequeños de tierna edad, criados y acariciados de los religiosos, y que los tenian en sus celdas con especial amor y cariño se olvidaron del amor que à los ministros tenian, y se llegaban à sus parientes, negando ingratos los beneficios y agasajos que habian recibido, y deseando que se acabasen de destruir los conventos y que les quitasen las vidas à los religiosos, pudiendo mas la inclinacion áspera, y depravada naturaleza en esta gente, que la crianza que tuvieron con los religiosos esperimentándose en el discurso de la guerra ser los niños los que mayores oprobios decian contra los cristianos, llamándolos embusteros, é incitando à los mayores à que derramasen la cristiana sangre.

CAPITULO XI.

Prosiguense las sangrientas hostilidades de los indios, y se refiere lo que se padeció en la provincia.

Padeció por este tiempo el reino de la Nueva Vizcaya con la sublevacion de sus indios tepeguanes la mayor infelicidad que pudo sobrevenirle, pues del alzamiento se siguieron inconvenientes tan lastimosos, que nos han dejado hasta hoy bastantísima materia de sentimiento; lo primero fué que se cortó el hilo que habia cogido corriente en la obediencia y cristiandad de los indios: se asoló y despobló la mayor parte de aquel reino, que por ser de escelente temperamento de muchos rios y fuentes, cantidad grande de ganados mayores y menores, y cria de caballada, abundaba toda la tierra, y se hallaba abastecida de todos los humanos menesteres; y todo se perdió con la sublevacion, asolándose las casas, destruyéndose los sembrados, consumiéndose los ganados, y por último, quedaron muchos reales de minas despoblados, perdiéndose muchas cantidades de gruesas haciendas, sin que hasta el dia de hoy haya podido coger el corriente que tenia la buena administracion y seguridad con que los ministros vivian; pues con este mal ejemplo otras naciones belicosas y bárbaras han hecho, y hacen cada dia varias sublevaciones sin intermision alguna: de forma, que desde entonces hasta el dia de hoy no se ha vivido un solo instante sin

oir, al punto se enardecían en cólera contra los españoles, detestando la ley que profesaban y el modo de vivir en que los tenían. Decían que acabasen y consumiesen á los españoles, usurpadores de sus tierras y tiranos de sus libertades: y como la libertad es de los hombres tan estimada, abrazaban con todo amor el quedar sin ley como habían vivido antes en su gentilismo. Proponíanles el indio muchísimas congruencias y razones aparentes para esterminar todos los cristianos de sus países, acordábanles la ninguna opresión en que se habían criado sus mayores, el apremio que se les hacía para que acudiesen á la misa y otros ejercicios en que los ponían los ministros: representábanles que en radicándose los españoles en sus tierras, se habían de enseñorear de todo y habían de hacer esclavos á sus hijos, y que les habían de hacer trabajar en labrar sus mismos campos, aprovechándose ellos de los frutos, y los indios muriendo en el continuo trabajo: advertíanles que aquellas tierras eran suyas y que los despojaban tiranamente de gozarlas: proponíanles que los españoles les habían de hacer reventar en labrar minas de plata: y finalmente les dijo que la ley que les enseñaban era falsedad y quimera; que el oír misa era inútil, y que de ningún provecho les servirían los ritos y cristianas ceremonias. Tan fuertemente les proponía estas y otras aparentes razones, que convencidos de ellas comenzaron á dar culto y adoración al que juzgaban que los venía á redimir, y el maldito les aseguró que era el hijo de Dios, y como á tal le adoraban, y no le sabían otro nombre. Corrió multitud de leguas, sembrando en multitud de pueblos tepeguanes esta zizaña, por cuyo arbitrio comenzó toda la nación á convocarse para tomar las armas contra los cristianos, con ánimo de no dejar á ninguno con vida.

No pudo ejecutarse tan presto el bárbaro deseo de los indios, por haberlos cogido desapercibidos la violenta venida del demonio en traje de bárbaro, y así mientras se prevenían disimulaban cautelosamente la depravada intención que les asistía; y se reconoce que fué el demonio en forma de indio, porque habiendo cogido muchos bárbaros en la sublevación y guerra, todos confesaron contestes las apariciones que hacía y los engaños que fabricaba, y en el modo y las circunstancias

se echó de ver haber sido el infernal dragon el que les hacía el parlamento é incitaba á tan tiranas resoluciones. Por dar mas calor el enemigo astuto á la zizaña que había sembrado en aquellos bárbaros corazones, se apareció un día en un concurso grande que se había juntado, no como indio, sino con aspecto de hombre blanco, y revestido de fingidos resplandores, les comenzó á echartar en su mismo idioma, se resolviesen á sacudir de sí la servidumbre de los españoles, y que no dejasen el menor vestigio de sus ceremonias en sus tierras.

Díjoles que el primero que había venido á aconsejarlos se libertasen de tanta tiranía, era el hijo de Dios, y que por no haberle obedecido con pronta ejecución, venía él que era el Espíritu Santo, y que no acostumbraba sufrir los desacatos de desobediencia como el hijo había tolerado, y que si tardaban en obedecerles, haría que los tragase la tierra y pagarían su contumacia, y para que conociesen que tenía potestad para hacer estos y mayores castigos, les pondría á los ojos un ejemplar que ejecutaría con todos, si no trataban de enmendarse, y dicho esto el infernal enemigo fingió á los ojos de los indios que á su precepto se abría en la tierra una disforme boca, y que se tragó dos personas con horror de los circunstantes, que aterrados de tan poderoso engaño, se postraron en tierra, dándole repetidas adoraciones, y prometiendo obedecerle con toda prontitud, sin faltar un punto de sus mandatos: todo esto se supo de los indios tepeguanes que nuestros españoles aprisionaron, y con tormentos que les dieron, confesaron todos contestes en sitios diferentes sin variación de la sustancia del caso. ¡Oh mi Dios, y cuán investigables son vuestros soberanos juicios, pues permites que á unos rudos indios recientes en el cristianismo, con tan poderosos engaños los alucine el demonio! Efectos son sin duda estas permisiones divinas de las horribles culpas con que tendrían ofendida á la Magestad Soberana los de esta nación bárbara y bruta. No se descuide el cristiano en irritar la piedad Divina, precipitándose incauto en el abismo de la culpa, que en pena de su obstinación y dureza puede permitir Dios caiga en tantas miserias, que lo cautiven sin remedio en las infernales llamas.

No contento el demonio con lo hecho les hizo muchas pro-

mesas, que jamas acostumbra ni puede cumplir: predijoles los felices sucesos que en la guerra habian de tener, y que quedarían señores absolutos de la tierra, aprovechados de los ganados que en ella habian introducido los españoles, y enseñados á cultivar la tierra y al beneficio de la plata, vivirían con grandísimas conveniencias. Aseguróles próspero suceso en la espulsion de la cristiandad, y pintóles una vida alegre, libre, feliz y llena de las comodidades que apetecían: advirtiéndoles que quedaria el país mejorado con las semillas estrangeras que habian de quedar en su poder; y en fin, se valia el cauteloso dragon de cuantas aparentes razones sabia que eran á medida de sus deseos: y para que peleasen sin temor, les dió palabra de que concluida la guerra volveria á resucitar á cuantos en ella muriesen, y que resucitarían en edad de robustos mancebos con perfecta salud y muchas fuerzas, aunque muriesen muy ancianos; y como los incautos indios habian visto la aparente rotura de la tierra, y aquella diabólica ficcion de tragarse dos indios vivos, dieron crédito total á su mentido dios, juzgando que no podia faltar á sus ponderadas promesas, y así le dieron muchas gracias por los beneficios que imaginaban les hacia. Ratificaron el obediencia que de habian prometido, y le suplicaron rendidamente se dignase de favorecerlos en el conflicto de la guerra que esperaban, y que tendrian singular consuelo de verle, y morirían muy gustosos á su vista, pues habian de resucitar con tantas inmunidades como les habia concedido: otorgóles cuanto le pidieron, y les dijo que luego comenzasen á abrazar pueblos y á quitar las vidas á cuantos cristianos pudiesen, dándoles en esto por la suya, porque en ellos es muy natural la propension de derramar humana sangre, como enseñó San Gregorio.

Con estas instigaciones del enemigo comun, y la aversion natural que esta gente tiene á los españoles, se encendió en los bárbaros corazones un deseo de verter cristiana sangre, y una ansia y rabiosa sed del estermínio de la cristiandad en sus países. Comenzó toda la nacio á fabricar flechas y macanas, á disponer arcos, y aun á valerse de las armas de que usa la española gente; y así en todos los pueblos habia oficinas de todos estos instrumentos, siendo cada indio un depósito de la saña, y

escondiendo en sus entrañas la víbora ardiente del rencor contra los cristianos, pudiendo de cada uno de ellos decirse lo que en semejante borrasca de guerras dijo de los escitas Ovidio. Ocupábanse tambien las mugeres en componer y aderezar las armas para sus maridos, fingiéndose ya en sus rústicas ideas un absoluto y libre señorío de toda la tierra con la esperanza que el demonio les habia dado, y asegurándose una descansada vida en confianza de sus promesas. Con estos pensamientos diabólicos de los indios, la tranquilidad en que estaban se convirtió en la mayor y mas sangrienta tormenta que en toda esta tierra se ha experimentado; cuando se prometían los religiosos mayores logros, se hallaron entre los inopinados fracasos y defraudados de sus alegres esperanzas. Comenzaron los ministros á reconocer la novedad, viendo á los indios muy omisos y perezosos en los ejercicios que poco antes con prontitud abrazaban; de muy mala gana acudian ya á la iglesia, faltando á misa sin mas pretesto que el no querer oirla; y en fin, en nada obedecían á los religiosos, porque como tenian puestos sus corazones en la vida imaginaria que esperaban ilusos, tenían fastidio á todas las cristianas operaciones, y tedio á los padres espirituales que con tanto amor les asistian.

No dejó de poner en cuidado esta novedad á los devotos padres, y aunque presumieron algunos estraños motivos, jamas llegaron á discurrir la atrocidad que ocultaban en sus bárbaros corazones; discurrían que el motivo seria ser esta gente naturalmente novelera, y que cada dia tienen y mudan mas pareceres que Proteo formas, segun fingieron los antiguos; y así mas atribuían la novedad que experimentaban á la inconstancia de sus naturales perversos, que á la tiranía oculta de sus dañados corazones. Pero debian advertir y haber reconocido en su genio bárbaro, que los indios son la gente mas traidora y cautelosa que tiene la humana naturaleza; y que no se ha descubierto nacion hasta ahora que mejor represente el papel de que se visiten, pues aunque su interior se abra en volcanes de furor y rabia, finge con tal arte lo contrario hasta conseguir su intento, que el mas diestro los tendrá por rendidos obsequiosos y mansos: pudiéndose aplicar á sus fingidas sumisiones y rendimientos, y á la crueldad de sus genios, lo que Cristo á los

hipòcritas fariseos, que con piel de oveja eran crueles lobos. Lo que mas lastimó à los piadosos cristianos en medio de tanta sangre como se derramó en aquella cruda y perseverante guerra, fué que no solamente à los indios tepeguanes alcanzó la sublevacion, sino que otros de diversas naciones presumiendo gozar los privilegios é inmunidades que ellos se prometian, se alistaron por suyos, y se enumeraban por seguidores de su bárbara y cruel milicia, de los cuales la mayor parte fué de la nacion Cora, que habita en las serranías de Guazamota hasta Durango; y que esto hicieran los bozales y rudos indios no admira, porque el engaño del demonio tuvo tales circunstancias, que no lo superara aun otra gente menos ruda; pero lo peor fué que mulatos, negros y otras gentes de estas tierras se unieron à los indios, presumiendo à rio revuelto tener muchas ganancias entre la confusion y tumulto, y aun daban crédito à sus adoraciones y oráculos, y asenso à tantas mentiras como el demonio habia depositado en sus rústicos entendimientos, con que aun los que se tenian por mas domésticos eran los mayores enemigos, refiriendo à los indios las determinaciones de los españoles, el poco apercebimiento que habia en las casas, lo indefenso de los conventos, y todo cuanto podia conducir à darles ánimo para la consecucion de sus sangrientos designios.

Tan de parte del infeliz suceso se puso aquella fiera gente, que aun los indios pequeños de tierna edad, criados y acariciados de los religiosos, y que los tenian en sus celdas con especial amor y cariño se olvidaron del amor que à los ministros tenian, y se llegaban à sus parientes, negando ingratos los beneficios y agasajos que habian recibido, y deseando que se acabasen de destruir los conventos y que les quitasen las vidas à los religiosos, pudiendo mas la inclinacion áspera, y depravada naturaleza en esta gente, que la crianza que tuvieron con los religiosos esperimentándose en el discurso de la guerra ser los niños los que mayores oprobios decian contra los cristianos, llamándolos embusteros, é incitando à los mayores à que derramasen la cristiana sangre.

CAPITULO XI.

Prosiguense las sangrientas hostilidades de los indios, y se refiere lo que se padeció en la provincia.

Padeció por este tiempo el reino de la Nueva Vizcaya con la sublevacion de sus indios tepeguanes la mayor infelicidad que pudo sobrevenirle, pues del alzamiento se siguieron inconvenientes tan lastimosos, que nos han dejado hasta hoy bastantísima materia de sentimiento; lo primero fué que se cortó el hilo que habia cogido corriente en la obediencia y cristiandad de los indios: se asoló y despobló la mayor parte de aquel reino, que por ser de escelente temperamento de muchos rios y fuentes, cantidad grande de ganados mayores y menores, y cria de caballada, abundaba toda la tierra, y se hallaba abastecida de todos los humanos menesteres; y todo se perdió con la sublevacion, asolándose las casas, destruyéndose los sembrados, consumiéndose los ganados, y por último, quedaron muchos reales de minas despoblados, perdiéndose muchas cantidades de gruesas haciendas, sin que hasta el dia de hoy haya podido coger el corriente que tenia la buena administracion y seguridad con que los ministros vivian; pues con este mal ejemplo otras naciones belicosas y bárbaras han hecho, y hacen cada dia varias sublevaciones sin intermision alguna: de forma, que desde entonces hasta el dia de hoy no se ha vivido un solo instante sin